



Así éramos: La Primera Humanidad

Copyright Notice for the Book: "Así éramos: La Primera Humanidad"

**Copyright © 2025 by Javier Clemente Engonga Avomo.
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by The United States of Africa Ltd.

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

Así éramos: La Primera Humanidad

Título: Así éramos: La Primera Humanidad

Introducción

Antes del tiempo y de la realidad que hoy conocemos, antes incluso del diluvio que sirvió como señal atemporal de un antes y un después en la historia de la Tierra y de sus habitantes, existió una primera humanidad. Una humanidad tan similar y a la vez tan diferente.

En esa humanidad primigenia, la muerte no existía. Las personas no contaban los años ni celebraban edades; simplemente eran. Cuando trascendían, emprendían un viaje a través del tiempo, hacia el futuro, el pasado o incluso el presente. Nadie lloraba la muerte, porque comprendían que era solo una transición en el viaje de la existencia. Hoy, en cambio, lloramos porque hemos olvidado ese conocimiento trascendental.

Esta es la historia de aquella humanidad perdida, de su sabiduría y del gran cambio que marcó la separación entre su mundo y el nuestro.

Capítulo 1: El Mundo Antes del Mundo

Antes de que las eras fueran nombradas y catalogadas, existía un tiempo sin tiempo, donde la existencia fluía sin ruptura ni fin. La humanidad primigenia habitaba un mundo vasto, bañado por luces de astros que nunca se apagaban. No había noche, solo pausas de luminiscencias suaves en un cosmos en perfecta armonía.

Sus cuerpos eran maleables, adaptados a sus deseos. Se comunicaban sin palabras, a través de pensamientos y energías que se entrelazaban como hilos de luz. No conocían el miedo ni la escasez. Sus ciudades no estaban hechas de piedra ni madera, sino de la esencia misma de la creación, moldeadas por su voluntad.

Pero más allá de su mundo, existían portales, puntos de resonancia que permitían viajar entre dimensiones. La humanidad primigenia comprendía que la realidad era múltiple, y cada mundo ofrecía una experiencia distinta de la existencia.

Sin embargo, un cambio estaba por llegar...

Capítulo 2: El Gran Cambio

El equilibrio del universo era absoluto, pero todo sistema está sujeto a fluctuaciones. Surgió un deseo antes desconocido: la individualidad. Algunos comenzaron a identificarse como seres separados de la totalidad, diferenciándose por sus pensamientos y voluntades. Este despertar de la identidad fue el primer paso hacia la división.

Aquellos que abrazaron la separación comenzaron a experimentar con la materia. Buscaron definir límites, crear estructuras fijas, medir el tiempo. A medida que sus mentes se enfocaban en formas permanentes, sus cuerpos se solidificaron. Y con ello, apareció la decadencia.

Los Ancianos de los Días intentaron advertirles que lo que veían como evolución era una trampa. Pero el deseo de experimentar lo desconocido fue más fuerte.

Y así llegó el olvido. Los que abrazaron la materialidad perdieron la capacidad de comunicarse con el cosmos. Crearon el tiempo y, con él, la muerte.

Mientras la mayoría de la humanidad caía en el olvido y se aferraba a la ilusión de la materia, un pequeño grupo de seres mantuvo viva la memoria de lo que una vez fueron. No se trataba de una resistencia organizada ni de un culto secreto, sino de aquellos que, por alguna razón desconocida, lograban recordar. Eran los Guardianes del Conocimiento Perdido.

Estos guardianes sabían que la humanidad estaba en un punto de no retorno, que el velo del olvido se había vuelto tan denso que pocos podrían atravesarlo. Pero también comprendían que nada es eterno, ni siquiera la desconexión. Algún día, las almas despertarían de nuevo, y cuando ese momento llegara, ellos debían asegurarse de que la sabiduría de la Primera Humanidad no se perdiera completamente.

Así comenzaron a actuar en la penumbra del tiempo, dejando marcas sutiles en la realidad, ocultando fragmentos de conocimiento en símbolos, en historias, en las mismas estructuras de la materia que los humanos habían comenzado a adorar.

Se convirtieron en los primeros arquitectos, los constructores de templos, pirámides y monumentos que hablaban en un lenguaje silencioso para aquellos que pudieran escuchar.

Pero incluso entre los guardianes, había dudas. ¿Debían intervenir más activamente? ¿Intentar despertar a los que dormían en la ilusión del tiempo? Algunos pensaban que sí, que debían revelar la verdad abiertamente, aunque fuera arriesgado. Otros sostenían que el olvido era parte del camino y que cada alma debía encontrar la verdad por sí misma.

Las tensiones crecieron, y por primera vez entre ellos surgió el conflicto. Había quienes querían preservar el equilibrio desde la distancia, y otros que deseaban provocar una gran sacudida en la humanidad para intentar traerla de vuelta a su estado original. Este desacuerdo marcó la primera grieta dentro de los guardianes.

Algunos tomaron caminos distintos. Unos se retiraron a lugares ocultos, lejos de la humanidad naciente, esperando el momento oportuno para regresar. Otros decidieron integrarse entre los hombres, tomando cuerpos físicos y viviendo entre ellos, susurrando verdades disfrazadas de mitos y leyendas.

Pero hubo un tercer grupo, más radical. Decidieron que, si la humanidad iba a olvidar por completo, al menos ellos deberían asegurarse de que la memoria de la Primera Humanidad nunca fuera erradicada del todo. Así, comenzaron a dejar rastros en lugares inaccesibles, en lo profundo de la tierra, en montañas sagradas y en el firmamento mismo.

Y así nacieron los mitos de dioses que descendieron del cielo, de civilizaciones perdidas que una vez fueron gloriosas, de lenguas antiguas que susurraban conocimientos que ningún humano moderno podía comprender del todo.

Sin embargo, lo que los guardianes no previeron fue que, con el paso de los milenios, sus propios descendientes también empezarían a olvidar. La gran pregunta que los atormentaba era si, llegado el momento en que la humanidad estuviera lista para despertar, quedaría alguien que aún recordara el camino de regreso a casa.

Capítulo 3: Los Guardianes del Recuerdo

Cuando el Gran Cambio se completó y el velo del olvido cayó sobre la humanidad, algunos se resistieron a aceptar la nueva realidad. No eran muchos, pero su misión era clara: preservar la memoria de lo que una vez fue y mantener viva la conexión con los planos superiores. Se llamaban a sí mismos los Guardianes del Recuerdo.

Estos seres aún podían percibir los hilos invisibles que conectaban la existencia, aunque el flujo de la energía ya no respondía con la misma fluidez de antes. Comprendieron que la nueva humanidad había sellado su destino al elegir la materialidad, pero se juraron a sí mismos que no dejarían que el conocimiento se perdiera por completo.

Se retiraron a lugares donde la resonancia del antiguo mundo aún vibraba con fuerza: montañas sagradas, cuevas ocultas, islas perdidas entre los océanos. Allí establecieron los primeros refugios del saber, templos sin paredes donde la historia de la humanidad primigenia se registraba en formas que el tiempo no podía erosionar: en cristales, en ondas de sonido, en la memoria de los elementos.

El Último Portal

Aún quedaba un vínculo con la existencia original, una puerta que no había sido cerrada del todo: el Último Portal. No era visible para aquellos que habían olvidado, pero los Guardianes aún podían sentir su presencia. Se encontraba en el punto de convergencia de las antiguas energías, un lugar donde las dimensiones se superponían y el tiempo no fluía en una sola dirección.

Los Ancianos de los Días les advirtieron que el portal no permanecería abierto por siempre. La nueva humanidad estaba forjando su propia senda y, con cada ciclo de olvido, la conexión con la fuente se debilitaba. Era solo cuestión de tiempo antes de que la humanidad perdiera por completo su capacidad de recordar.

El Último Consejo

Reunidos en un círculo de luz, los Guardianes discutieron su destino. Algunos querían cruzar el portal y regresar al estado original, abandonar el mundo que se había vuelto ajeno a ellos. Otros creían que debían quedarse y guiar, aunque fuera desde las sombras, a los que alguna vez buscaran respuestas.

Finalmente, tomaron una decisión: la mayoría permanecería en el mundo material, ocultos entre los hombres, transmitiendo su conocimiento en símbolos, en historias, en susurros en los sueños de aquellos lo suficientemente sensibles para escucharlos. Solo unos pocos cruzarían el Último Portal, llevando consigo el recuerdo intacto de lo que una vez fue.

El Legado Perdido

Con el tiempo, la humanidad olvidó por completo a los Guardianes del Recuerdo. Sus enseñanzas se volvieron mitos, sus conocimientos fueron distorsionados o simplemente ignorados. Pero en lo profundo de la psique humana, en el borde de los sueños y las visiones, aún quedaban fragmentos de verdad esperando ser redescubiertos.

Cada cierto tiempo, un alma nacía con la capacidad de recordar, con la sensibilidad suficiente para sentir la presencia de los Guardianes en el viento, en el agua, en la resonancia de los antiguos lugares sagrados. A estos individuos los llamaban “viajeros”, pues eran capaces de caminar entre los mundos y percibir lo que otros no podían ver.

Así comenzó la nueva era, una donde la humanidad estaba dividida entre los que habían olvidado y los que, contra todo pronóstico, aún podían recordar.

Capítulo 4: El Sendero del Retorno

Los susurros del viento llevaban consigo la memoria de lo que una vez fue. En la humanidad primigenia, aquellos que no habían olvidado sabían que el regreso a la unidad era posible, pero solo a través de un sendero oculto a los ojos de los que vivían en la densidad de la materia. Ese sendero, conocido como el Sendero del Retorno, no era un camino físico, sino una travesía interna, un despertar de la conciencia dormida.

Los guardianes del conocimiento, escondidos en el Reino de los Ancestros, habían dejado señales para aquellos que desearan recordar. Estas señales se manifestaban en sueños, en visiones fugaces, en la profunda sensación de que algo en el mundo físico no era del todo real. Los antiguos sabios sabían que la verdad no podía ser impuesta; solo podía ser recordada cuando el alma estuviera lista.

Sin embargo, el viaje no era sencillo. Quienes emprendían el camino hacia el recuerdo debían enfrentarse a sus propios miedos y limitaciones, pues la materialidad había creado un velo de ilusión que les hacía creer que eran solo cuerpos, separados de la totalidad. Aquel que deseaba cruzar el umbral debía aprender a desprenderse de todo aquello que le encadenaba a la densidad: el miedo a la muerte, el apego a la forma, la ilusión del tiempo.

Las antiguas enseñanzas decían que el Viaje Astral era la clave para reencontrarse con los Ancestros y recibir su guía. Solo aquellos que lograban desprenderse de la percepción lineal del tiempo podían acceder a los planos donde la verdad aún se mantenía intacta. En el Reino de los Ancestros, los viajeros recibían fragmentos de su propia historia olvidada, comprendiendo que cada vida era solo una manifestación temporal de una existencia mayor.

Pero no todos querían recordar. Con el paso de las eras, surgieron fuerzas que se beneficiaban del olvido, entidades que prosperaban en la densidad y la separación. Estas fuerzas trabajaban para mantener a la humanidad atrapada en la ilusión de la materialidad, fomentando el miedo, la ignorancia y la distracción. Sabían que mientras los humanos temieran la muerte, jamás buscarían el camino de regreso.

Los guardianes del conocimiento sabían que la única manera de recuperar el equilibrio era encender pequeñas llamas de recuerdo en aquellos que aún sentían la llamada del espíritu. Así nació la tradición de los iniciados, aquellos que, a lo largo de las generaciones, llevaban dentro de sí la chispa del recuerdo y buscaban transmitirla a otros.

Pero la pregunta permanecía: ¿Podría la humanidad algún día recuperar su verdadera naturaleza? ¿O el velo del olvido se volvería demasiado espeso para ser atravesado?

El Sendero del Retorno estaba allí, esperando a aquellos valientes que se atrevieran a mirar más allá de la ilusión. Pero para recorrerlo, primero debían recordar quiénes eran en realidad.

Capítulo 5: El Pacto del Olvido

Los Guardianes del Conocimiento entendían que el equilibrio entre lo material y lo espiritual debía ser restaurado, pero no por imposición, sino por elección. Sabían que quienes habían olvidado su conexión con el Todo solo podrían recuperarla cuando su deseo de recordar fuera más fuerte que su apego a la materia.

Para evitar que el conocimiento ancestral fuera completamente erradicado, se estableció un pacto: una fracción del saber de la humanidad primigenia quedaría oculta en símbolos, en historias, en la esencia misma del universo. Estaría presente en la naturaleza, en los sueños, en los instintos más profundos del ser humano, esperando ser redescubierto.

Este pacto, sin embargo, exigía un sacrificio. Los Guardianes sabían que debían retirarse del mundo visible y convertirse en meros susurros en el viento, en sombras en la conciencia de los hombres. Con ello, el velo del olvido se volvió aún más denso, y la humanidad moderna nació con una sed insaciable de respuestas que no sabía que alguna vez tuvo.

Pero el pacto no fue absoluto. Hubo quienes, aún atrapados en la materialidad, sintieron el eco de su antigua esencia y comenzaron a buscar, a cuestionar, a recordar. Estos serían llamados Los Despertados, los primeros en desafiar la ilusión del tiempo y la muerte.

¿Podrían estos Despertados encontrar las llaves ocultas en el mundo para abrir las puertas del Reino de los Ancestros? ¿O el peso de la materialidad terminaría por consumirlos también?

Capítulo 6: El Despertar de los Recuerdos

El tiempo avanzó, y la humanidad materializada comenzó a construir su historia en fragmentos, como un espejo roto donde cada pedazo reflejaba una parte de la verdad, pero nunca el todo. Las civilizaciones nacieron y cayeron, los imperios se alzaron y fueron consumidos por el mismo olvido que había sido sellado en el pacto.

Pero en las sombras del mundo visible, algunos comenzaron a recordar.

No eran muchos, y al principio, sus recuerdos llegaban como susurros en los sueños o como destellos de algo familiar en los ojos de un extraño. Eran momentos efímeros donde la realidad se desdoblaba y dejaba entrever su esencia. Los Despertados, como fueron llamados, no sabían por qué, pero comprendían que algo en el mundo estaba fuera de lugar.

Algunos de ellos eran sabios, chamanes, visionarios. Otros eran simples observadores del mundo, cuyas almas inquietas sentían el peso de una verdad oculta en las estrellas.

El primer Despertado en hablar de ello fue un anciano sin nombre, un ermitaño que vivía en la cumbre de una montaña perdida entre nubes. Se decía que su voz no provenía de su boca, sino del viento mismo. Sus palabras eran enigmas, pero en ellas resonaba una advertencia:

"Cuando la sombra del olvido se vuelva demasiado densa, la luz de la memoria regresará por sí misma. Pero quienes la vean, deberán elegir: recordar y sufrir, o seguir ciegos y vivir en paz."

Al principio, nadie entendió sus palabras. Pero con el tiempo, otros Despertados comenzaron a compartir el mismo mensaje.

Las antiguas ruinas hablaban en símbolos que solo unos pocos podían leer. Los patrones en la naturaleza parecían contener claves escondidas.

Y en los momentos de profundo silencio, cuando la mente cesaba su ruido constante, una verdad perdida parecía susurrar desde dentro.

Sin embargo, recordar traía consecuencias.

Los que hablaban demasiado eran silenciados, etiquetados como locos o como herejes. Los que intentaban recuperar el conocimiento perdido eran perseguidos, porque el mundo ya se había acostumbrado a la ignorancia, y aquellos que portaban el eco de la Primera Humanidad representaban una amenaza para el orden establecido.

Pero la profecía del anciano de la montaña se cumplió.

Un día, la sombra del olvido se volvió demasiado densa.

Y la memoria comenzó a despertar por sí sola.

Los Despertados eran pocos, pero su esencia vibraba con una frecuencia distinta al resto de la humanidad. No sabían por qué, pero desde su infancia experimentaban visiones fugaces de un mundo olvidado, un eco lejano de una existencia en la que todo era posible.

Veían símbolos en los cielos, sentían la resonancia de la tierra en sus cuerpos y, en sus sueños, escuchaban voces susurrando antiguas verdades. No comprendían su diferencia al principio, pero con el tiempo, fueron atraídos unos hacia otros, como estrellas reencontrando su constelación.

Uno de ellos, llamado Kael, poseía el don de recordar. Mientras otros simplemente soñaban, él podía desentrañar los significados ocultos detrás de los símbolos dispersos

en la realidad. Los árboles, los ríos, los astros... todo le hablaba en un lenguaje que la mayoría había olvidado. Con el tiempo, comprendió su misión: hallar a los demás Despertados y guiarlos en el camino de regreso.

Pero recordar tenía su precio.

Las sombras de la materialidad, fuerzas que habían crecido en el olvido de la humanidad, percibieron el peligro que representaban los Despertados. No eran seres físicos, sino fragmentos de la conciencia colectiva que se alimentaban del miedo, la duda y la ignorancia. Y sabían que si los Despertados lograban recuperar el conocimiento perdido, el equilibrio de poder cambiaría para siempre.

Así comenzó la persecución.

Los Despertados fueron ridiculizados, marginados e incluso eliminados de la historia oficial. Sus enseñanzas se tacharon de herejía, sus conocimientos se distorsionaron y sus símbolos fueron apropiados y ocultados. Pero aunque las sombras lograron silenciarlos en el mundo externo, el recuerdo nunca pudo ser erradicado por completo.

Kael entendió que la clave no estaba en enfrentarse directamente a las sombras, sino en sembrar el conocimiento en quienes estuvieran listos para recibirlo. Si el pacto del olvido había sido hecho con la humanidad, también podía ser deshecho, pero solo por aquellos que eligieran recordar.

Así nació el Arte del Despertar: una serie de pruebas diseñadas para aquellos que sentían el llamado del recuerdo. No eran rituales complejos ni fórmulas místicas, sino pruebas de percepción, intuición y conexión con lo esencial. Pequeños desafíos que, poco a poco, desgarraban el velo del olvido y restauraban la antigua visión del mundo.

Los Despertados comenzaron a multiplicarse en secreto. No eran muchos, pero cada uno que lograba cruzar el umbral de la percepción llevaba consigo la semilla del conocimiento, propagándolo en sus pensamientos, en sus obras, en su forma de vivir.

Las sombras no podían impedirlo.

Pero la pregunta seguía en el aire: ¿podría la humanidad recordar antes de que el peso de la materialidad los consumiera por completo?

Capítulo 7: Los hijos del Recuerdo

En el flujo del tiempo, donde la humanidad se hundió en la materialidad y la memoria del origen quedó oculta, hubo algunos que, por razones inexplicables, comenzaron a recordar. Eran pocos, dispersos entre generaciones y civilizaciones, pero dentro de ellos ardía un anhelo que no podían explicar.

Los llamaban de muchas formas: sabios, profetas, chamanes, visionarios. Algunos eran reverenciados, otros perseguidos, pero todos compartían un mismo destino: el despertar de la memoria prohibida.

Los Despertados percibían fragmentos de la realidad oculta. En sus sueños, visitaban los mundos de luz donde la humanidad primigenia aún existía, y en la vigilia, sentían la pulsación del universo en cada partícula. Para ellos, la materia no era una prisión, sino un velo del que se podía escapar con la mente y el espíritu.

Sin embargo, recordar tenía un precio. El mundo moderno, estructurado sobre el olvido, no toleraba su existencia. Eran considerados herejes, locos, peligrosos. Su sola presencia amenazaba el equilibrio de una humanidad acostumbrada a la esclavitud de la carne y el tiempo.

Los Guardianes, aunque ocultos, guiaban en silencio a los Despertados. Dejaban señales en los astros, en los símbolos grabados en templos olvidados, en la vibración de ciertos sonidos. Cada uno que recordaba se convertía en un faro para otros, aunque no todos resistían el peso de la verdad.

Pero los Despertados no eran solo individuos aislados. En tiempos oscuros, se reunían en círculos secretos, compartiendo lo que sabían y protegiendo el conocimiento que aún sobrevivía. En bibliotecas ocultas, en pergaminos prohibidos, en el susurro del viento entre las ruinas de civilizaciones caídas, la historia de la Primera Humanidad seguía viva, esperando ser revelada.

El tiempo de la restauración aún no había llegado, pero la semilla había sido sembrada.

Los siglos pasaron, y con ellos, la humanidad olvidó casi por completo su conexión con el Todo. Se entregaron a la solidez de la materia, al peso del tiempo, a la creencia de que la realidad era tan solo aquello que podían tocar y medir. Pero en lo profundo de su ser, algo permanecía. Un eco de aquello que fueron, una memoria dormida que latía en la esencia de su existencia.

Los Guardianes, aunque ocultos, no habían desaparecido. Sus enseñanzas estaban cifradas en mitos y leyendas, en las constelaciones que guiaban a los antiguos navegantes, en los templos de piedra que desafiaban la lógica de su tiempo. En cada cultura, en cada civilización, hubo quienes sintieron el llamado del recuerdo.

Eran los Recordadores. Seres dispersos entre los hombres, sin nombre ni linaje en común, pero unidos por un mismo propósito: despertar. Algunos lo hacían a través del arte, otros en la ciencia, algunos en la meditación o en el estudio de los sueños. Pero todos sentían el mismo anhelo inexplicable, una nostalgia de algo que no podían definir, pero que sabían que existía.

Uno de los primeros en recordar fue Amaru, un viajero errante que, sin saberlo, había heredado fragmentos de la sabiduría ancestral. Desde niño, soñaba con ciudades de luz y seres que hablaban sin palabras. En sus viajes, descubrió símbolos que coincidían con los de sus visiones, inscripciones antiguas en templos olvidados, relatos que hablaban de un tiempo sin muerte y de un conocimiento perdido.

Pero recordar no era fácil. La materia había creado sus propios guardianes: fuerzas que protegían el velo del olvido, asegurando que la humanidad no rompiera el pacto antes de tiempo. Amaru y otros Recordadores comenzaron a notar que cada vez que se acercaban a la verdad, la realidad misma se oponía a ellos. Guerras, inquisiciones, persecuciones... la historia estaba llena de intentos por silenciar a aquellos que buscaban recordar.

Sin embargo, el tiempo del despertar estaba cerca. Algo en el cosmos comenzaba a moverse, y los antiguos portales, aquellos que la humanidad primigenia usaba para viajar entre dimensiones, estaban comenzando a reactivarse.

La pregunta era: ¿estaba la humanidad preparada para cruzarlos de nuevo?

Con el paso de las eras, en diferentes rincones del mundo, nacieron aquellos a quienes llamaban los Hijos del Recuerdo. No se trataba de una casta ni de un linaje, sino de almas que, por razones desconocidas, conservaban fragmentos de la memoria primigenia. Desde la infancia, estos seres sentían que el mundo en el que vivían era un eco de algo mayor, un reflejo distorsionado de una realidad que apenas podían comprender.

Muchos de ellos fueron perseguidos. En una humanidad que había abrazado el tiempo y la muerte como absolutos, aquellos que hablaban de la eternidad eran considerados herejes, locos o peligrosos. Las sociedades emergentes los expulsaban, temiendo que su conocimiento pudiera trastocar los cimientos de sus creencias y estructuras.

Pero otros encontraron formas de ocultarse a simple vista. Se convirtieron en chamanes, sacerdotes, filósofos y poetas. Codificaron los secretos de la humanidad primigenia en mitos y leyendas, en códices y templos, en canciones y rituales que, aunque transformados por el tiempo, aún contenían las verdades esenciales.

Sin embargo, los Guardianes sabían que el despertar de la humanidad no sería un proceso homogéneo ni pacífico. La división entre los que recordaban y los que olvidaban se hacía más profunda con cada generación. Y en las sombras, una fuerza nacida del miedo al recuerdo comenzaba a tomar forma: los Custodios del Velo.

Capítulo 8: Los Custodios del Velo

Si los Guardianes del Conocimiento buscaban preservar la verdad, los Custodios del Velo tenían una misión opuesta: asegurar que el olvido perdurara. Eran los arquitectos de la historia oficial, los tejedores de mitos que alejaban a la humanidad de su origen divino.

No todos los Custodios eran conscientes de su papel. Muchos simplemente actuaban por miedo, protegiendo lo que consideraban el orden natural de las cosas. Otros, sin embargo, conocían el secreto y lo guardaban con celo. Sabían que, si la humanidad redescubría su naturaleza primigenia, las estructuras de poder que habían construido se derrumbarían.

Las guerras, las religiones organizadas, los sistemas de control... todo se basaba en la fragilidad de la memoria humana. Si las masas supieran que el tiempo era una ilusión y que la muerte no era más que una transición, los pilares de la civilización moderna se desmoronarían.

Así, los Custodios del Velo manipularon la historia, reescribieron los relatos, borraron vestigios de conocimientos antiguos y desacreditaron a los Despertados. Con cada era que pasaba, el velo del olvido se volvía más espeso.

Pero los Guardianes sabían que la verdad nunca podía ser erradicada por completo. Como semillas enterradas en el suelo, bastaba un cambio en el clima de la conciencia colectiva para que el recuerdo germinara de nuevo.

Y ese cambio estaba más cerca de lo que cualquiera podía imaginar.

El tiempo avanzó sobre la nueva humanidad como un río que ya no recordaba su fuente. Siglos y milenios se sucedieron, las civilizaciones nacieron y cayeron, y en cada era hubo aquellos que, sin saber por qué, miraban al cielo con un anhelo indescriptible. Eran los Despertados, almas que aún llevaban el eco de la primera humanidad en su interior.

Los Despertados no siempre comprendían su propia naturaleza. Algunos eran soñadores que veían imágenes de mundos perdidos en sus sueños; otros eran sabios que intuían

verdades que la razón no podía explicar. Algunos eran artistas que plasmaban en pinturas y canciones los vestigios de un recuerdo ancestral. Y estaban los viajeros, aquellos que sin comprenderlo sentían que el mundo físico era solo una sombra de algo más grande.

El velo del olvido, aunque denso, no era impenetrable. Los Despertados comenzaban a ver patrones en la historia, pistas ocultas en mitologías, símbolos inscritos en templos antiguos. Eran fragmentos de un conocimiento perdido que aguardaba ser reconstruido.

Pero recordar tenía un costo. La humanidad moderna había construido su mundo sobre la materia, y todo aquello que desafiaba su comprensión era rechazado, ridiculizado o perseguido. A lo largo de los siglos, los Despertados fueron considerados locos, herejes, visionarios o profetas. Algunos fueron perseguidos, otros decidieron ocultarse y solo transmitir su conocimiento a unos pocos.

Sin embargo, la memoria de la primera humanidad era como una semilla que nunca podía ser erradicada del todo. En ciertas épocas, su luz brillaba con más intensidad. Durante el auge de civilizaciones como Kemet (Egipto), Sumeria, la India védica y los pueblos precolombinos, hubo un resurgimiento del conocimiento ancestral. Pero siempre, tarde o temprano, el olvido volvía a imponerse.

Hasta que un día, en un rincón del tiempo, algo cambió. Un número creciente de almas comenzó a despertar. Los sueños se volvieron más vívidos. Las antiguas enseñanzas, ocultas en códices y manuscritos olvidados, comenzaron a resurgir.

Los Guardianes, que nunca habían desaparecido del todo, comenzaron a moverse en las sombras. Sabían que el tiempo del retorno se acercaba. Pero también sabían que no todos los que despertaran estarían preparados para la verdad.

Porque recordar no solo traía iluminación... también traía peligro.

Capítulo 9: El Último Vestigio

El tiempo, tal como lo conocemos, es solo una sombra de la eternidad que una vez fue. Entre los Guardianes del Conocimiento y los Despertados, existía una antigua profecía: cuando la humanidad estuviera al borde del abismo, el último vestigio del saber primigenio se encendería en la memoria de unos pocos. Y así comenzó el Último Despertar.

Los Despertados no eran elegidos ni privilegiados. No nacieron con dones especiales ni con acceso a antiguas escrituras prohibidas. Simplemente, en algún momento de sus vidas, sintieron el llamado. No era una voz, ni una visión, sino una certeza que se asentaba en sus almas como el eco de un recuerdo enterrado en lo más profundo del tiempo.

Al principio, eran pocos. Algunos lo experimentaban en sueños, otros al observar el movimiento de las estrellas o al escuchar el susurro del viento en los árboles. Eran fragmentos de un idioma olvidado, palabras que nunca antes habían pronunciado, pero que resonaban con una familiaridad inexplicable.

La humanidad moderna, dominada por la razón y la ciencia, ridiculizaba estas experiencias. Aquellos que intentaban compartir su despertar eran llamados locos, visionarios o herejes. Pero los Despertados no buscaban convencer a nadie; solo buscaban comprender.

Fue entonces cuando apareció el Primer Testigo.

No tenía un nombre que pudiera ser recordado, pues su existencia estaba más allá del tiempo. Pero su llegada fue innegable. No apareció en templos ni en altares, sino en la consciencia misma de los Despertados. Era una presencia, un faro de energía que iluminaba la memoria ancestral.

—El tiempo del regreso se acerca —susurraba en la mente de quienes estaban listos para escuchar—. El velo del olvido se adelgaza.

Los Despertados comenzaron a encontrarse. Primero, en pequeños grupos, en lugares donde el ruido del mundo no los alcanzaba. Luego, en ciudades, en bibliotecas olvidadas, en ruinas que aún guardaban la vibración de la antigua humanidad. Sus memorias comenzaron a entrelazarse, reconstruyendo el mapa de un pasado que no debía haber sido perdido.

Pero el Último Despertar no solo atrajo a aquellos que querían recordar. También despertó a los Guardianes del Olvido.

Eran fuerzas que habían jurado proteger la nueva humanidad, aquella que había elegido la materia y el tiempo. No eran malvados, pero su propósito era claro: evitar que el conocimiento prohibido volviera a la luz.

Y así comenzó la última batalla entre el recuerdo y el olvido.

Los siglos han pasado y la humanidad sigue en letargo. Sin embargo, en lo más recóndito de la Tierra, existe un último vestigio del saber primigenio: los Hijos del Recuerdo.

Estos guardianes han transmitido su legado de generación en generación, esperando el momento propicio para despertar a la humanidad.

La profecía dice que cuando la humanidad esté al borde del colapso, cuando la desconexión con el cosmos sea total, los Hijos del Recuerdo volverán a surgir.

Y ese momento está cerca...

Capítulo 10: Los Portales del Despertar y Los Arquitectos de la Memoria

El tiempo, una creación de los que olvidaron, había tejido su telaraña sobre la humanidad. Con él, llegaron la historia, la escritura y la necesidad de registrar lo que alguna vez fue parte del todo. En este nuevo mundo fragmentado, surgieron los Arquitectos de la Memoria, seres cuyo propósito era preservar, en secreto, los vestigios de la Primera Humanidad.

No eran dioses ni ancestros, sino guardianes de un conocimiento que debía permanecer escondido hasta que la humanidad estuviera lista para recordarlo. Trabajaban en las sombras, insertando mensajes en las piedras, en las estrellas y en los susurros del viento. Cada civilización que nacía sobre las ruinas del olvido recibía fragmentos de sabiduría: mitos, leyendas, símbolos cifrados que hablaban de un pasado donde la muerte no existía y la materia era solo un reflejo de la conciencia.

Los antiguos templos, construidos con una precisión imposible, no eran meras estructuras; eran llaves. Sus alineaciones con constelaciones, sus ángulos, sus proporciones, todo respondía a un lenguaje más antiguo que la memoria misma. Quienes lograban descifrar sus secretos comprendían que la realidad era maleable y que la mente tenía el poder de moldearla.

Sin embargo, había un problema. Con el tiempo, los mensajes fueron distorsionados. Las guerras, las ambiciones y el miedo transformaron el conocimiento en dogma. Los símbolos fueron tomados literalmente, los mitos se convirtieron en religiones y los guardianes originales se vieron obligados a ocultarse aún más.

Aún así, los Arquitectos de la Memoria nunca abandonaron su misión. Crearon sociedades secretas, linajes de sabios, libros prohibidos y códigos que solo los Despertados podrían entender. Sabían que la humanidad estaba atrapada en su propia ilusión, pero también confiaban en que el ciclo del olvido y el despertar era inevitable.

En cada era, en cada civilización, hubo quienes encontraron las piezas del rompecabezas. Algunos fueron silenciados, otros se convirtieron en guías, pero todos compartían la misma certeza: el regreso a la Primera Humanidad era posible.

Lo único que faltaba era que alguien, en algún momento del tiempo, hiciera la pregunta correcta.

El mundo moderno es una sombra del pasado glorioso. Pero los portales, aunque ocultos, siguen abiertos. Los pocos que han logrado encontrarlos han despertado fragmentos de su esencia olvidada.

El camino hacia el recuerdo no es fácil. Exige abandonar la materialidad, trascender el ego y reconectar con la energía universal. Algunos han comenzado a recordar, pero el mundo no está preparado para aceptar la verdad.

Capítulo 11: El Retorno de la Primera Humanidad

En las ruinas de un mundo que alguna vez había sido vasto y resplandeciente, donde la humanidad primigenia caminó sin temor a la muerte ni al tiempo, algo comenzó a moverse. No era un terremoto ni un cataclismo, sino una vibración imperceptible para la mayoría, pero inconfundible para aquellos que aún recordaban.

Los Hijos del Recuerdo, ocultos durante incontables generaciones, sintieron el llamado. No en palabras ni señales tangibles, sino en el susurro del viento, en la forma en que la luz del sol se filtraba entre los árboles, en la resonancia de las estrellas. Sabían que el ciclo del olvido estaba llegando a su punto máximo y que el despertar era inevitable.

Sin embargo, el mundo al que emergían ya no era aquel en el que sus ancestros habían caminado. La humanidad se había sumergido completamente en la materialidad. La conexión con el cosmos se había reducido a supersticiones, y los viajes astrales eran poco más que cuentos de locos. Pero aún quedaban fragmentos, piezas dispersas del rompecabezas esperando ser ensambladas.

Los primeros en escuchar la llamada fueron los sensibles, aquellos que desde niños miraban las estrellas con nostalgia, aquellos que sentían un vacío inexplicable en su alma, como si algo les faltara. No sabían qué era, pero lo anhelaban con una intensidad dolorosa.

Los guardianes se acercaron a ellos de forma sutil, dejando pistas en los sueños, activando memorias dormidas con palabras que parecían insignificantes pero que resonaban en lo más profundo de su ser. "Recuerda", era el mensaje. No explicaban más, porque el recuerdo no podía imponerse; debía nacer desde dentro.

Pero no todos estaban dispuestos a permitir el retorno de la memoria. Había fuerzas, antiguas y nuevas, que se beneficiaban del olvido, que habían construido su poder sobre la ignorancia de los demás. Para ellos, un despertar era una amenaza, y no tardaron en reaccionar.

Así comenzó la última batalla, no una guerra de armas ni ejércitos, sino una lucha por la conciencia. Un enfrentamiento entre aquellos que querían recordar y aquellos que deseaban mantener el velo del olvido.

Los Hijos del Recuerdo sabían que no podían obligar a la humanidad a despertar, pero podían iluminar el camino. Y para eso, necesitaban encontrar al primero en recordar completamente. Al elegido cuyo recuerdo fuera tan poderoso que pudiera romper las barreras del tiempo y traer de vuelta el conocimiento perdido.

El despertar había comenzado.

El final de este ciclo se acerca. La humanidad enfrenta una crisis que la obligará a elegir: hundirse en la separación definitiva o despertar y recuperar su verdadera naturaleza.

Los Hijos del Recuerdo están aquí. El conocimiento perdido está emergiendo nuevamente.

La pregunta es: ¿está la humanidad lista para aceptar su verdadera naturaleza?

Epílogo: La Elección Final

Los ecos del tiempo resuenan en los rincones más oscuros de la historia, esperando ser redescubiertos por aquellos que buscan la verdad. La humanidad ha olvidado su origen, pero el conocimiento nunca desaparece, solo se oculta a la vista de aquellos que no están preparados para recibirlo. Sin embargo, la era del redescubrimiento está cerca, y con ella, la posibilidad de volver a conectar con aquello que alguna vez fuimos.

Los Hijos del Recuerdo han esperado pacientemente, protegiendo fragmentos del saber primigenio en textos antiguos, en rituales transmitidos de generación en generación, en las estructuras sagradas que aún se alzan como testimonio de un pasado olvidado. Pero el tiempo de la espera ha terminado. Ahora, la humanidad está en el umbral de un cambio sin precedentes, una revolución de conciencia que podría devolvernos a nuestro estado original de iluminación y unidad.

La clave de este retorno reside en la memoria. No en la memoria del intelecto, sino en la memoria del alma. Cada ser humano lleva dentro de sí las semillas de su verdadera historia, esperando ser activadas por el deseo genuino de conocimiento. Pero la recuperación de esta memoria no es un proceso fácil. Requiere valentía para enfrentar las verdades que han sido ocultadas, para desmontar las estructuras de creencias impuestas y para aceptar que el mundo que conocemos es solo una sombra de lo que podría ser.

Las antiguas civilizaciones dejaron pistas para aquellos dispuestos a buscarlas. Monumentos alineados con las estrellas, códigos ocultos en los mitos y leyendas, prácticas espirituales que permiten trascender la materia y acceder a dimensiones superiores. Estas son las llaves para desbloquear la verdad que ha estado oculta a plena vista. Los guardianes de este conocimiento nunca han desaparecido del todo; han estado esperando el momento correcto para guiar a la humanidad de vuelta a su camino original.

El despertar de la memoria no es solo un proceso individual, sino colectivo. A medida que más personas comienzan a cuestionar la realidad y a buscar respuestas más allá de lo que se les ha enseñado, la vibración de la humanidad cambia. Es un efecto en cadena: cada alma despertada ayuda a despertar a otras, y así, poco a poco, la humanidad puede volver a recordar.

Pero recordar también significa enfrentar las consecuencias del olvido. Durante milenios, la humanidad ha vivido en un estado de separación, creando sistemas basados en el miedo, la escasez y el control. El retorno a la memoria primigenia significa el

colapso de estas estructuras. No se trata de una destrucción caótica, sino de una transformación necesaria. La caída de las viejas estructuras dará paso a una nueva era, donde la humanidad podrá vivir en armonía con el cosmos, reconectando con las leyes universales que rigen la existencia.

El destino de la humanidad no está escrito en piedra. A diferencia de lo que muchos creen, no estamos condenados a repetir los errores del pasado. La historia de la primera humanidad no es solo un relato de caída y olvido; es también una historia de esperanza. Porque si alguna vez fuimos seres de luz, si alguna vez vivimos en completa armonía con el universo, entonces esa posibilidad sigue existiendo dentro de nosotros. Solo debemos recordar cómo acceder a ella.

El ciclo está llegando a su fin, y con él, el inicio de una nueva era. Algunos la llamarán la era de la iluminación, otros la era del retorno. Lo cierto es que es la oportunidad de la humanidad para redescubrir su verdadero potencial. Los Hijos del Recuerdo han comenzado a surgir de las sombras, trayendo consigo la sabiduría perdida, y aquellos que estén listos para recibirla serán los pioneros de una nueva humanidad.

Así como hubo un primer despertar en los albores de la civilización, ahora nos encontramos al borde de un segundo despertar. La pregunta no es si sucederá, sino cuántos estarán dispuestos a recordar.

Y tú, que has llegado hasta aquí, ¿estás listo para despertar?

Cada ser humano tiene el poder de recordar. No es una tarea de los elegidos, sino de todos. El despertar es una elección personal, un camino que cada alma debe recorrer.

La historia de la primera humanidad no es solo el pasado. Es también el futuro. Porque el ciclo no termina aquí.

Todo es un eterno retorno.



Copyright Notice for the Book: "Así éramos: La Primera Humanidad"

**Copyright © 2025 by Javier Clemente Engonga Avomo.
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by The United States of Africa Ltd.

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

